

SAN AGUSTIN, PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD DE OCCIDENTE (*)

P. Angel Custodia Vega O. S. A.

(Continuación)

EL MUNDO COMO ESCALA

Punto capital en la Espiritualidad cristiana es y ha sido siempre la utilización de las criaturas. San Ignacio establece el principio conocido y puesto como básico en sus Ejercicios: «En tanto usa de las criaturas y estímalas, en cuanto te sirven y ayudan a tu fin». San Juan de la Cruz las mira a todas más bien como estorbo o impedimento que como ayudas, y proclama la soledad o abandono de todas, como el medio más fácil y seguro para unirse con Dios. Los demás místicos y ascetas fluctúan entre estos dos extremos. San Agustín tiene en esto un criterio mucho más amplio. Como las criaturas llevan a Dios, cree que éstas nunca dañan al alma, si las sabe amar y utilizar como debe. Cierto, que aquellas que son en sí malas, o nos apartan de Dios, se las debe abandonar y despreciar. En este sentido se ha de entender la sentencia del Salvador, que odiemos a nuestros padres, parientes y amigos. Sea la criatura la que sea, si nos induce al mal, al escándalo, o nos impide el bien, o nos retrasa en la virtud o santidad, hay que apartarla de nosotros y odiarla como mala. Pero cuando no se trata de esta clase de criaturas, sino de las demás, el Santo quiere que nos sirvamos de ellas como de escalas para subir a Dios, para conocerle mejor, para amarle más. Jamás San Agustín clama contra la ciencia, contra la filosofía, como

(*) Cfr. «Revista Agustiniana de Espiritualidad». Enero-Marzo (1960), págs. 12-23.

P. ANGEL C. VEGA

Tertuliano y otros muchos Padres de la Iglesia, a la que llaman «seminario de herejías» y «fuente de errores»; antes pide que la amen con tal que antepongan el amor: *Ergo amate scientiam, sed anteponite charitatem.* ¡Y qué provecho espiritual tan grande no saca de la contemplación de las cosas creadas! Recuérdense aquellas dos magníficas y brillantes al par que arrebatadoras y encendidas elecciones místicas de sus *Confesiones*; la primera, cuando camina y sube por la escala de las criaturas en busca de su Dios; y la otra, cuando en el puerto de Ostia, en compañía de su madre Santa Mónica, puestos a la ventana que daba vista a la campiña romana y al ancho cauce del Tíber, van ambos remontándose a través de las criaturas hasta sumirse en el más profundo éxtasis. Léanse las *Confesiones*, verdadera trayectoria de una espiritualidad viviente y práctica, y se verá cómo el Santo se sirve y utiliza las criaturas como peldaños para subir a Dios. Si todas las cosas son de Dios, reflejos de Dios, manifestaciones de Dios, en cierto sentido, como diría siglos después el Doctor carmelitano, son Dios. ¿Cómo es posible que no nos lleven a Dios, que no nos enciendan en amor de Dios? Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento nos descubre el poder de sus manos, dice el Salmista. *Omnia plena Jovis*, había dicho el poeta latino. Todo se mueve y vive en el seno infinito de Dios, afirma la fe. Hay que mirar y contemplar con ojos de fe viva al mundo y darle un sentido teológico, eminentemente teológico, como se lo da siempre San Agustín.

Lo que sí exige el Santo en estas meditaciones de la naturaleza, en estas contemplaciones y ascensiones del alma, es quietud y silencio exterior e interior. El tráfico mundano, la multitud atropellada de negocios y ocupaciones, las aspiraciones terrenas, la curiosidad de ver y oír: todo esto, es turbación y ruido, que impiden contemplar a Dios y gozarle. La vida de espíritu reclama quietud interior y exterior: *Non in commotione Dominus.* Y tan necesaria es para que el alma levante su vuelo a las moradas celestiales, que sin ella no logrará nunca levantarse un palmo sobre la tierra.

Pero adviértase bien. En San Agustín la contemplación del mundo exterior no es más que un medio para abismarse en el interior, infi-

S. AG., PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD DE OCCIDENTE

nitamente más grande, más hermoso y más rico, que este que ven nuestros ojos; así como el conocimiento de este interior nos ha de servir para elevarnos al de Dios, que es su esencia purísima con sus atributos y perfecciones. Pero mientras Dios no se digne introducirnos en ese sobrenatural e inefable mundo, que es su manifestación clara y directa al alma, y que comúnmente se llama mundo místico, hagamos morada perpetua y regalada en el mundo del espíritu, en la vida de la gracia y santidad común, ejercitándonos en toda clase de virtudes. Aunque el origen de esa interioridad espiritual, tan frecuentemente ensalzada y descrita por el Santo, sea de procedencia filosófica, y nos diga, como tal, que no salgamos fuera de nosotros, porque en nuestro interior habita la Verdad; pronto la terminología cambia, adoptando la de San Pablo, sustituyendo la Verdad por Dios; el interior, por la morada o templo del Espíritu Santo; y la luz de la razón, por el Maestro interior, Cristo Jesús. Mas no olvidemos, que a partir de San Agustín, vida interior es ya sinónima de vida espiritual, y hombre interior de hombre recogido y santo.

MAGISTERIO Y EXPERIENCIA SUPREMA

Sin duda que en el orden místico, en la vida de santidad, en los caminos de la perfección, las coincidencias son más que las discrepancias. Uno es el hombre, sustancialmente; uno el que mueve y guía a las almas, Dios; uno el Camino, Cristo; y unos los auxilios y medios, los Sacramentos. Cuando un ilustre jesuíta decía, que cada sentencia de los Ejercicios de San Ignacio podía apostillarla con diez textos de San Agustín, no decía cosa ninguna extraña ni maravillosa, ya que otro tanto se podría decir de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. No está en realidad, ni puede estar, la divergencia en cuestión de fondo o doctrina, sino de método y selección. La originalidad de un escritor espiritual ha de estar, como la de un buen cocinero —ya que se trata de alimentos espirituales— en la forma de hacer y presentar las viandas. No todos los paladares son los mismos, no todos los espíritus están cortados por el mismo patrón. Cada místico ofrece sus modalidades, cada siglo tiene sus gustos y exigencias.

San Agustín, antes de convertirse a Dios, anduvo mucho tiempo

P. ANGEL C. VEGA

por los anchos caminos del error y bebió con avidez y hartura de todas las fuentes del mal y del placer. Tuvo además que luchar mucho y denodadamente hasta hallar la verdad. El sabe mucho de dificultades, de flaquezas, de derrotas en esa lucha contra el mundo, contra la carne y contra el demonio. Al fin triunfa, como un héroe contra todos; pero conserva en su cuerpo las heridas de la lucha y en su alma el recuerdo doloroso de sus fracasos. Ha sido a costa suya; pero ha salido con ello un gran maestro de experiencia, un guía de almas insuperable. Todo era necesario para que su magisterio universal no fallase en nada. Gran capitán de los ejércitos de Dios, era conveniente que conociera palmo a palmo el campo de operaciones, y milímetro a milímetro las posibilidades y reacciones del corazón humano. San Agustín no olvidará jamás su experiencia dolorosa y trabajosa, y procurará hacer a los demás el camino de la virtud, de la santidad, fácil, suave, alegre, deleitoso.

El sabe bien que, de los muchos caminos que conducen al cielo, el más grato y amable es el del amor. Hay quien gusta de las grandes penitencias, de renuncias y privaciones absolutas, de soledades desérticas, de nadas y aniquilamientos espirituales, en una palabra. Esto no es para todos, y la santidad evangélica es para todos, porque a todos se nos ha predicado. San Agustín prefiere la senda del amor. El hombre ha sido hecho para amar y sólo amando puede ser feliz. El amor es dulce, es agradable, es encantador y placentero en su presencia y modales. Nadie hay que recele de él. Nadie que le resista: *Amor omnia vincit*. Pide con sonrisa y agrado y con humildad que le demos entrada en nuestro corazón; y apenas se la hemos dado, adueñase de él con violencia y se declara rey absoluto, ante quien es preciso rendirse y entregarse. *Ama et fac quod vis* dice el Santo, sonriente también de este triunfo. *Ama y haz lo que quieras*. Pero, ¿qué va a hacer este pobre prisionero del amor, y del amor de un Dios omnipotente, infinito y absoluto, sino obedecer humildemente, sumisamente, alegremente, velozmente, y declararse su esclavo, y abrasarse y consumirse en sus llamas?

I.A BALANZA DEL CORAZON Y SUS PESOS

Gran enemigo del hombre, por ser amor, es su amor terreno,

S. AG., PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD DE OCCIDENTE

que lucha en su corazón por atraerle a sí. Amor de las riquezas, amor de los placeres carnales, amor de los honores y dignidades, amor del mundo con sus pompas y vanidades. Frente a este amor que le tira y arrastra hacia la tierra no cabe otro enemigo que entable lucha con él y le venza, que el amor de Dios. San Agustín con su mirada de águila ve a través de los siglos y acontecimientos que esta es la gran lucha en los cielos y en la tierra: *Dos amores hicieron dos ciudades; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, y el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios.* Pero estos dos amores no sólo luchan en el mundo como dos ejércitos aguerridos y poderosos, sino también en el corazón del hombre. Todos los grandes dramas y tragedias de la vida, son provocados por el amor, que se complace en enredar los corazones y reñir las más duras batallas, ordinariamente a muerte. Lucha, había dicho el Santo Job, que era la vida del hombre sobre la tierra. Y lucha además inevitable, porque lleva su germen en su misma constitución, alma y cuerpo, espíritu y carne. Pero es lucha de amor y lucha a muerte, porque el amor, de suyo celoso, exclusivo, es incompatible con todo otro amor, y no admite transacciones ni componendas. La virtud, la santidad, no es al fin más que el triunfo del amor de Dios sobre el amor del hombre, del amor santo sobre el amor impuro, del amor casto y sereno, sobre el amor turbio y cenagoso. Cierto, no es en la *Ciudad de Dios* donde establece esta lucha interna de los dos amores, de las dos delectaciones, sino en San Juan (VI, 44), y en la Epístola a los *Gálatas*, comentando la ley contradictoria que el Apóstol sentía en sus miembros. Principio fecundo y luminoso en la vida moral espiritual del hombre, como aquél, en la de los pueblos y naciones. San Agustín proclama la vocación a la santidad de todos los hombres. Es una afirmación que le acerca a los místicos modernos. Cristo nos ha merecido la victoria del amor, y el mismo amor, que es caridad por esencia. Y a través del amor despliega todo su programa de acción santificadora y purificadora al principio, renovadora después, vivificadora y unitiva al fin.

Nadie crea, sin embargo, que porque el amor sea dulce y atractivo, es su actuación blanda y delicada. El amor es fuego que

P. ANGEL C. VEGA

abrasa y purifica, consume y transforma, no deteniéndose en los sacrificios más costosos, ni ante la misma muerte. El amor lo da todo, renuncia a todo, pasa por todo, con tal de agradar al amado. Dadme un alma amante, un alma toda de Dios, y veréis qué vida lleva luego de mortificación, de sacrificio, de penitencia, de renuncia a todo placer y gusto propio, de crucifixión continua de su cuerpo y .aún de su alma. No es pues la Espiritualidad de San Agustín, vista a través de este prisma, una Espiritualidad condescendiente, tolerante, blanda, cómoda; sino rigurosa, sacrificada y austera en el fondo, aunque tierna y amable en la forma. En realidad no difiere la doctrina del amor de San Agustín de las renuncias y nadas de San Juan de la Cruz, sino en ser tal vez más exigente y apremiante que la de éste. Mas, porque la reviste de amor y la ilumina con claridades de cielo es atrayente y subyugadora, en tanto que la del Santo carmelitano, desnuda y seca, asusta a los que no conocen sus secretos y dulzuras, que no son otros que los del amor.

San Agustín no se cansa de proclamar la ley del amor, porque esta es la ley de la gracia, la ley de Cristo, el mandato nuevo que nos dejó encomendado. Quizá no siempre se empiece la senda de la virtud y santidad por el amor, sino por otros fines y motivos, aunque siempre sobrenaturales; pero siempre se ha de derivar y desembocar en él, porque sólo el amor tiene fuerza bastante para sostener al hombre en el camino del bien, y más aún en el de la santidad, que es el del calvario y la cruz. En el fondo este pensamiento de San Agustín es el mismo de Cristo en su Evangelio, en el que sólo se predica amor desde el principio hasta el fin: amor de Dios a los hombres, gratuito y excesivo —*Propter nimiam caritatem qua dilexit nos*— y amor de los hombres a Dios. El camino del amor es además el más fácil, según el Santo. Para amar basta tener corazón. No todos pueden comprender los misterios de la fe ni de la ciencia teológica; no todos pueden hacer grandes mortificaciones ni pasar muchas horas en oración; pero, para amar basta tener un corazón noble y delicado. No es la ciencia la que nos hace más gratos a Dios, sino la caridad. Si una pobre mujer de aldea, ruda y sin instrucción, ama a Dios más que Agustín, ésta le agrada más

S. AG., PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD DE OCCIDENTE

que Agustín, con toda su ciencia y estudio. «Si alguno me amare a Mí, dice Jesucristo, será amado de mi Padre, y vendremos a él, y haremos mansión en él». Cifra de perfección y sabiduría consumada es, según el gran Doctor hiponense, amar a Dios con toda nuestra alma y todo nuestro corazón; mejor aún, amarle más que a nosotros mismos; más perfecto es aún amarle más que todos los demás. Hacerlo todo por amor y con cuanto más amor mejor, y repetirle aquella oración de las Confesiones: *En ego amo te, Domine, conscientia non dubia; et si parum est amem te validius.* Corramos por los caminos de la perfección, pero corramos amando y, amando, corramos con más ardor: *Amemus et curramus, curramus et amemus.*

TEOCENTRISMO Y CRISTOCENTRISMO

La Espiritualidad agustiniana reviste un matiz característico aun dentro del amor. Ciento, que la santidad radica en el amor y que la vida mística, que es el ápice de la perfección, no es más que la sublimación del amor, que adquiere caracteres enteramente divinos y carismáticos y del que el hombre más que agente es ya paciente. Pero el amor puede centrarse en Dios de un modo absoluto y general, o en alguna de las personas divinas: el Padre, el Hijo o Cristo y el Espíritu Santo. Una mirada a la inmensa literatura ascético-mística, tanto universal como particular, singularmente la nuestra, nos lleva a una clasificación, más que de fondo, de modo, en «Teocentristas» y «Cristocentristas». Es una división que ha pasado ya a la misma teología y que nadie hoy discute, porque tiene un fundamento real y positivo. Sin embargo, tratándose de místicos experimentales, y aun a veces de los puramente doctrinales, no siempre se mantiene con rigor y exclusión esta tendencia o matiz, conservándose en muchos tan sólo el tono general o tendencia. Aun en los de una misma escuela y formación, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, se advierte este matiz o característica, sin que arguya la menor diferencia sustancial entre ellos. Son, sin embargo, significativas las palabras de la Santa en su *Vida*, cap. 22. Dice así la gran Doctora y Maestra del Carmelo: «Esto digo: que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece

P. ANGEL C. VEGA

que no trae arrimo, por mucho que le parezca que anda llena de Dios. Es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle (a Dios) humano». En cambio, San Juan de la Cruz, con otros muchos místicos del siglo XVI y XVII, así nacionales como extranjeros, acentúan la idea de Dios, en general, aunque, digámoslo de nuevo, nunca exclusivamente.

SAN JUAN Y SAN PABLO

Esta doble tendencia es, sin embargo, tan antigua como el cristianismo. Si nos fijamos un poco, ya se apunta entre los mismos Apóstoles, especialmente entre los dos grandes maestros del Amor, San Juan y San Pablo. San Juan, que en el principio de su Evangelio remonta, cual águila divina, su vuelo al seno mismo de Dios, para sorprender allí la generación eterna del Verbo, en sus Cartas, verdaderos tratados de mística cristiana, continúa morador del seno del Padre, narrándose ahora con deleitación sus misterios de amor ad intra y ad extra. El ser el «discípulo amado de Jesús» no le impide cantar el amor del Padre, del que el amor del Hijo y del Espíritu Santo es sólo una consecuencia o derivación. Véanse las expresiones siguientes, tomadas de su *Epistola I*: Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios con él (2, 15); Caritas Dei (3, 17); Caritas ex Deo est (4, 7); In hoc aparuit caritas Dei in nobis (4, 9); Deus est caritas (4, 8); Diligamus Deum, quoniam ipse prior dilexit nos (4, 19); Perfecta est caritas Dei nobiscum (4, 17); Haec est caritas Dei (5, 3).

El Apóstol San Pablo, convertido de Cristo, vaso de elección para llevar su Nombre ante el mundo entero, es un amante, un enamorado de Cristo, mejor diríamos, un apasionado de Cristo. Para él la «Cáritas Dei» es Cristo, el Verbo encarnado. De ahí su expresión favorita, «Cáritas Christi». La caridad de Cristo es la que le aguja y espolea: *Caritas Christi urget nos*. Toda su ciencia es o consiste en conocer la sobreeminente caridad de Cristo. No quiero saber más que a Cristo, y éste crucificado. Cristo es el centro de todo su pensamiento y el centro de toda la economía espiritual de la ley de la gracia. Por Cristo nos ha venido el amor del Padre, y

S. AG., PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD DE OCCIDENTE

la reconciliación, y la gloria; y por Cristo hemos de ir nosotros al Padre. Para San Pablo toda la vida espiritual, toda la santidad y perfección consiste en despojarnos del viejo Adán y revestirnos de Jesucristo, transformarnos en Cristo, hasta poder decir con verdad: «Que no somos nosotros quienes vivimos, sino que es Cristo quien vive en nosotros».

Ambos Apóstoles, como se ve, son predicadores y heraldos del amor de Dios. Ambos viven del amor y para el amor, transformados en amor. Ambos se abrasan y consumen en el amor. Pero mientras uno se mueve y gira en torno al amor de Dios, y su expresión favorita es, *Caritas Dei, Amor Dei*; el otro se centra en Cristo, siendo sus frases características, *Caritas Christi, Amor Christi, Dilectio Christi*, de las que están llenas sus Cartas.

Entre estos dos Apóstoles, ¿qué dirección tomará el águila de Hipona? Si éstos son los Apóstoles del amor, Agustín será el Doctor del amor, el Santo del amor. Por tal será conocido en la Iglesia en el transcurso de los siglos. Ciertamente ningún Padre, ningún Doctor de la Iglesia ha logrado ostentar un atributo como el suyo: el de un corazón en la mano echando llamas, como el Corazón de Jesús. San Agustín es devotísimo admirador de San Juan. Nadie ha podido superar su Comentario al Evangelio y Epístolas del mismo. De San Juan toma indudablemente San Agustín el tono de su amor, tierno, delicado, paternal, que le distingue como prelado y superior, y aun como maestro y director de almas. Pero San Agustín es conquista espiritual de San Pablo; es un discípulo aprovechado de su doctrina, que se la asimila en tal forma, que ha merecido el título de «Segundo Pablo». Su vuelo, su amor ardentísimo a Cristo, su teología y su mística, son totalmente paulinas y, como las de éste, Cristocéntricas. Como luego dirá su insigne discípula Santa Teresa, el sentimiento hondamente humano que caldea su vida y su obra le lleva a apoyar su espíritu en un Dios también humano.

SAN AGUSTIN Y EL PS. AREOPAGITA.
SAN BUENAVENTURA Y SANTO TOMAS

Pocos años después del Santo aparece en el mundo cristiano,

P. ANGEL C. VEGA

helénico, un gran místico, de altos y raudos vuelos: el Pseudo-Areopagita (c. 500). Su impronta es marcadamente griega; su espíritu totalmente helénico, tal como lo hemos descrito: profundamente teológico, marcadamente intelectualista. En una palabra: la «*Sophia*» griega, cristianizada, pero sin haber pasado por el filtro Paulino-Ioannico. Ya el mismo nombre que adopta el autor de un Dionisio contemporáneo de los Apóstoles, para que el lector le identifique con el Dionisio Areopagita, aquel ateniense de que nos habla San Pablo, revela bastante su carácter. Como si esto fuera poco, no se recata de incluir casi literalmente páginas enteras del filósofo neoplatónico Proclo y otros de la escuela Alejandrina. Cuando en el siglo VIII, y más aún en el IX, pasa al Occidente con nombre tan fascinador, comienza a ser comentado por los teólogos e intelectualistas de París y otros centros, hasta culminar con Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII. En todos los siglos medioevales los místicos ajenos a la Escolástica, o no teólogos e intelectualistas, son de la escuela de San Agustín. En España los centros de estudios eclesiásticos visigodos de Sevilla, Toledo y Zaragoza, son exclusivos del gran Doctor africano. En el centro de Europa dominan también los escritos de San Anselmo, Beda, Alcuino y Rabano Mauro, de la escuela de San Agustín. En los siglos XIII y XIV la escuela franciscana, capitaneada por San Buenaventura y la mística de los Victorinos, arrastra en pos de sí a la mayoría de los místicos, significándose, muy tímidamente, a favor del Ps. Areopagita Santo Tomás y los dominicos, especialmente los de la escuela alemana. La gran devoción que la Edad Media, en sus últimos siglos, profesa a la Humanidad Santísima del Salvador, juntamente con el número crecido de estigmatizados que aparece, hacen que la espiritualidad sea marcadamente Cristocentrista, refugiándose la corriente Teocentrista en el seno de la Escolástica y de la especulación teológica rigurosa.

SANTA TERESA Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Con la aparición de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, soles mayores de la mística cristiana, experimental y doctrinal, se manifiesta de nuevo aunque muy velada y suavizada, esta doble tenden-

S. AG., PADRE DE LA ESPIRITUALIDAD DE OCCIDENTE

cia, originada sin duda por la diferencia de fuentes de inspiración. Santa Teresa es marcadamente agustiniana. Pasa sus primeros años con las Agustinas de Ávila y es luego una lectora asidua de las *Confesiones* de San Agustín. Los *Abecedarios* de Osuna y la *Subida del Monte Sión* de Daredo, ambos franciscanos, explican su Cristocentrismo inequívoco. San Juan de la Cruz es un teólogo en la Escolástica, profundamente influído por Santo Tomás y los dominicos de la escuela alemana, de quienes llega a tomar gran parte de su terminología y no pocas de sus expresiones más características. Aunque cita y toma muchas cosas de San Agustín, entronca, sin embargo, más con el Ps. Areopagita, con Santo Tomás de Aquino, con Eckar, Taulero y Susón, que con San Agustín, San Buenaventura y los Victorinos. Los místicos Agustinos de todos los tiempos se muestran claramente Cristocentristas, especialmente los de la escuela española, con Fray Luis de León a la cabeza, cuyos *Nombres de Cristo* no son más que un amplio y profundo comentario a la doctrina Cristológica de San Pablo, inspirado en San Agustín y su platonismo cristiano.

PANORAMA ACTUAL

La gran devoción del siglo XVIII y siguientes al Sagrado Corazón de Jesús, ha hecho triunfar casi uniformemente la tendencia Cristológica de la mística, invadiendo esta orientación hasta el mismo campo de la teología escolástica y no escolástica. San Agustín vuelve así de nuevo a las mentes y al corazón de los tratadistas de Espiritualidad cristiana, y comienza a ser estudiado de nuevo con mayor amor y diligencia renovada, mereciendo destacarse en esta avanzada la escuela agustiniana de París, en torno a la cual gira ya la más destacada intelectualidad de Francia. Pero este movimiento espiritualista agustiniano es universal, y en todas partes y naciones se están dando a luz obras de gran mérito, que nos revelan, una vez más, que el mensaje espiritual de San Agustín no sólo no se ha agotado, sino que empieza realmente ahora a ser conocido de veras en toda su hondura y trascendencia. El mundo en que vivimos, muy se-

P. ANGEL C. VEGA

mejante al que vivió el santo Doctor, hasta la misma invasión de bárbaros del Norte y sus síntomas de descomposición, nos aproxima de modo especial a él y nos pone en condiciones de compenetrarnos mejor con su doctrina y con su espíritu. El campo está ya abierto. La mies es mucha, aunque los obreros son pocos. Roguemos al Padre de la mies, aquí el gran Doctor, que suscite operarios y cultivadores diligentes de su heredad.